

Editorial

La catástrofe ocurrida en Japón sacudió con fuerza pocas veces vista a todo el planeta, pero especialmente a los seres humanos en su conciencia.

A pesar de lo impactante y terrible del hecho que produjo la muerte de miles de personas, el terremoto y posterior tsunami pasaron en forma rápida a un segundo plano en la consideración general. El pánico creció aun más a partir de la explosión de la central nuclear de Fukushima.

La calamidad de un futuro incierto y aciago encuentra a una humanidad ante un escenario en el que se percibe que no se pueden manejar las tremendas fuerzas -producto de la inteligencia humana- que se pusieron en funcionamiento desde hace cientos de años para obtener más ganancias a expensas del agotamiento de la tierra, la destrucción ambiental y la sentencia a la miseria y muerte de millones de seres agobiados por la esclavitud, la explotación, el hacinamiento, la falta de elementos vitales, etc.

Sin embargo, los publicistas (periodistas, intelectuales, científicos, etc.) que adhieren al sistema capitalista, naturalizan los desastres que producen muerte y desolación a lo largo y ancho del mundo. Otro tanto intentan hacer con las invasiones y ataques de las potencias que se multiplican en África, produciendo muertes de miles de inocentes. Reproducen para ello la vieja mentira de que luchan contra el “eje del mal” llevando la paz y la democracia a los países subdesarrollados.

Mientras los gobiernos de los países centrales continúan produciendo ajustes a sus propias economías generando más desocupación y pobreza, llevan sus ejércitos hacia todos los confines o propician guerras civiles para mantener bajo su control a los sometidos por el Imperio del Capital.

En América, millones se debaten en la miseria, siguen muriendo niños por desnutrición, continúan desplazándose personas para conseguir trabajo o huir de la violencia.

La humanidad se encuentra dividida en dos grupos. Por un lado, quienes adscriben al sistema imperante y hallan un lugar dentro de él, manejado en forma absoluta por los grandes emporios multinacionales. Por otro, quienes tratan de encontrar nuevos espacios de resistencia frente al avance del saqueo. Igual que en otras épocas de la Historia, se habla de centro y periferia, de desarrollo y subdesarrollo, de civilización y barbarie, de metrópolis y colonias.

El Primer Mundo se hizo rico aprovechando los recursos naturales que le ofrecía el planeta. Y en el colmo de su soberbia, nos obliga a todos a compartir las consecuencias de sus actos. Mal podría llamarse contradicción al hecho de que en un capitalismo absoluto, las multinacionales se queden con la riqueza y socialicen la contaminación y el deterioro ambiental y humano. Es que, como plantearan muchos pensadores, la riqueza de unos tiene directa relación con la pobreza de otros.

Sólo así se puede entender la naturalización de los desastres que hacen los comunicadores y la desaprensión que muestran nuestros dirigentes hacia la conservación de los bienes de la humanidad y de las futuras generaciones.

Se hace necesario revisar en forma permanente todas las situaciones que aparecen como aisladas y son tomadas -las más de las veces- como accidentes en los que los perdedores son siempre los mismos.

José Luis Parra